

NOTAS

CONCEPTOS: IDEAL Y VIDA

La vida, dinámica y creadora, siempre ha quebrado el absolutismo de los dogmas que, prescindiendo de su fluidez y esencia proteiforme, pretenden imponerle, torturándola, sus rígidos moldes. Una explicable reacción contra este apriorismo dogmático ha llevado, con frecuencia, al extremo opuesto, igualmente erróneo y pernicioso. Así se ha caído en un empirismo que, al desconocer el papel que juegan los ideales en la vida del individuo y de la sociedad, limita las posibilidades vitales, y postula el imperio del hecho descarnado, del cual pretende extraer el verdadero criterio de la valoración ética.

Si la moral del idealismo, con sus postulados absolutos, amenaza deformar la vida, reduciéndola a un simple esquema; a su vez el empirismo, con su exigencia no menos dogmática, tiende a rebajarla, subordinándola a los hechos transitorios.

En nuestra época, profundamente conmovida por una integral transformación, se ha planteado en forma más aguda que nunca, quizás, el conflicto secular entre el ideal y la vida.

Por un lado, el ideal se yergue señero en el horizonte moral del hombre contemporáneo, incitándolo solemnemente a vivir una vida sobrehumana; mientras que, por otro la vida, con su sugestión mágica de eterna fugitiva, le brinda la embriagadora plenitud de sus irreversibles instantes, a condición de identificarse con su arcilla dócil e impura.

Intentemos, aunque sea a grandes rasgos, perfilar el problema de la relación entre el ideal y la vida desde un punto de vista que, ajustado a los presupuestos doctrinarios que con dicho problema tienen atingencia, contemple, también, los afanes vitales del hombre, es decir, la vida moral en su complejidad y dinamismo. Enea-

rada la cuestión en todos sus aspectos esenciales, llegaremos, probablemente, a entrever, y aún a constatar, la posibilidad de una conciliación y síntesis de los términos antinómicos.

¿Cuál es el origen de la actitud hostil del ideal, en su expresión dogmática, frente a la vida? Precisemos, pues, en su formulación pristina — libertad, querer ético, — el antagonismo entre la norma, única e inflexible, y lo vital, que es lo múltiple, fluído y espontáneo.

Desde luego, la rigidez de la primera procede del apriorismo moral. Kant, el representante máximo del idealismo moral, forja un mundo “inteligible” para asiento de la libertad. El imperativo categórico es la forma de la moral. La moralidad de un acto la hemos de buscar no en el acto mismo sino en la máxima que lo ha inspirado. Por lo tanto la moralidad se refiere al sujeto, más concretamente aún, a los motivos que a éste han inducido a obrar; y no al objeto o a las acciones que se han derivado de la volición ética.

El mundo “inteligible” de Kant pertenece enteramente, a la idea que, como tal, no se dá en la experiencia; el antecedente del imperativo categórico kantiano es la pureza de la voluntad. Para que ésta llene la función del querer ético ha de estar libre de toda pasión utilitaria, ha de obrar prescindiendo en absoluto de motivos de carácter empírico, elevándose así por cima de todas las impurezas inherentes a nuestra condición humana, a nuestra condición de seres cuya trama profunda está hecha de pasiones y de instintos. El ideal que entraña esta concepción de la moralidad es grandioso, pero imposible. Lange ha sido uno de los primeros en hacer notar la impracticabilidad del idealismo moral. Según el ilustrado autor de la “Historia del Materialismo”, la teoría de la libertad de Kant es clara e inatacable si dejamos de lado el problema que encierra la prioridad de la ley moral. Para Lange “la idea del deber que nos grita “es preciso que obedezcas” no puede ser clara e imperiosa sino va acompañada de la posibilidad de realizar dicha orden; he aquí por qué debemos en lo que concierne a la moralidad de nuestros actos, transportarnos completamente al mundo inteligible, el único donde es posible imaginarse la libertad”. El hombre libre de este mundo inteligible es el noúmeno de la Etica. Pero como conciliar el hombre ideal, libre por definición, de ese mundo inteligible, con el hombre fenómeno, con el hombre empírico — la más frágil de las arcillas — hecho de pasiones y de instintos, y

expuesto siempre a contaminarse de las impurezas que arrastra el turbión de la vida, en el cual vive sumergido?

Existe a todas luces una contradicción perentoria entre la libertad, como exigencia de la moralidad pura, y las determinaciones de todo género a que está sometido el hombre como fenómeno como eslabón en la cadena de la causalidad. “Kant quiso evitar—dice Lange—la contradicción flagrante que existe entre “el ideal y la vida”, contradicción que es inevitable; y es inevitable porque el sujeto, aun en la lucha moral, no es nómeno, sino un fenómeno”. El mandato que emana del apriorismo moral es incumplible de una manera absoluta. Como bien lo hace notar Manuel G. Morente, la moral del idealismo “quiere que seámos dioses, cuando apenas si hallamos tiempo, en nuestra corta vida, para ser hombres” (La Moral y la Vida). La vida, vulnerada por esta concepción en su dinámica y creadora complejidad, vuelve por sus fueros y rectifica la doctrina, haciendo crujir sus postulados demasados absolutos.

Es que “el idealismo — escribe Morente — ha puesto frente a frente, como enemigos, la idea y el impulso espontáneo, el deber y el poder. Esta situación de hipocresía es insostenible, y el sistema, por su misma inestabilidad, comienza a deshacerse”. En vista de estas consideraciones ¿hemos de tener por falso y repudiable el idealismo? No. Debería tan solo el idealismo conciliar con la vida sus exigencias. Insistimos con Morente que “no se trata de negar los resultados del idealismo, sino de superarlos, restableciendo la complejidad de las cosas, en lugar de la excesiva simplificación que la filosofía del pasado siglo ha llevado a cabo. Es preciso colocar en su puesto, en perspectivas diferentes, los elementos todos que integran la vida moral”. Tanto la especulación filosófica, y los ideales, como la vida, que había sido mutilada y falseada, “caminan hacia una reintegración de la realidad en su plenitud”.

Es imprescindible, pues, llevar los términos contradictorios, y aparentemente enemigos, a una síntesis vital; a una síntesis en la cual no se menoscaben, en modo alguno, los derechos de la vida, pero tampoco los no menos eternos del ideal. No podremos dar un paso hacia adelante si marchamos en lo obscuro y a tientas a través de las contingencias e impurezas de la vida. Las fosforescencias que se desprenden del choque del turbión contra las cosas no pueden alumbrarnos las grandes rutas.

Necesitamos la luz de un ideal para no extraviarnos en el laberinto de las cosas, como el navegante necesita la brújula para no

perderse en los mares que surca. El ideal es un faro lejano que nos obliga a un perenne esfuerzo de aproximación, precisamente porque lo hemos proyectado más allá de la experiencia. Su luz ha brotado de la razón pura como su fuente natural; se ha encendido en los estratos profundos de la conciencia moral. En la razón pura tiene su origen la idea de libertad y la del hombre como fin. El sujeto de la moral es el hombre libre. Por habernos revelado esta exigencia de humanidad y libertad, el idealismo y sus postulados serán perennes. (Si Kant no hubiese conquistado la vida perdurable en la memoria de los hombres con el monumento de su filosofía teórica, la tendría asegurada por el sólo hecho de ser el fundador de la moral independiente).

“Toda Etica que se inspira en el empirismo de la vida no presenta para la determinación de la conducta, reglas universales y absolutas”, nos dice el empirista en su afán de oponer a la moral del idealismo una moral empírica. Pensamos, al contrario, que una Etica, si ha de merecer el hombre de tal y ser capaz de enunciar un ideal y darle validez ante la conciencia moral, no puede inspirarse en el empirismo de la vida. Esto no quiere decir que nuestra conducta, en presencia de hechos y acontecimientos, se haya de determinar por reglas absolutas. Hemos de obrar, sí, atendiendo a las múltiples sugerencias que nos vienen de la realidad en medio de la cual accionamos, pero sin perder de vista el ideal que nos señala la dirección de nuestro camino.

El imperativo que sintetiza la teoría de Feurbach, y que reza: “Conténtate con el mundo dado”, es falso e impracticable porque está en pugna con lo más noble del ser humano, que es su afán de perfección. Guiados por este imperativo, jamás el hombre se habría encaminado hacia una vida más libre y más justa.

El ideal es a la vez norte y arquetipo. Proponiéndonos una perfección nos invita constantemente a superar los resultados obtenidos. Pero no podemos condenar en absoluto estos resultados so pretexto de que son imperfectos. Nos movemos en el mundo de las cosas relativas, y la realidad que nuestro afán intenta modelar está llena de asperezas y limitaciones. Nuestra marcha está hecha de etapas progresivas. Puede la voluntad alucinada por el ideal lejano — desideratum del esfuerzo, — acelerarla pero no suprimirla.

Podemos y debemos afrontar el empirismo absoluto de la vida y las circunstancias más diversas y contradictorias, y movernos en la compleja trama de la realidad, porque el ideal nos ha trazado

una dirección firme y segura. Y hemos de someter nuestro ideal a la gran prueba de la vida sin temor de que sea desmentido por lo empírico y accidental; tampoco hemos de temer que su pureza se contamine de las impurezas de la realidad. En cuanto a nosotros, que esto último nos tenga sin cuidado. Puesto que marchamos, es fuerza que nos salpique el lodo del camino.

CARLOS ASTRADA

CARTA A MI AMIGO EL FILÓLOGO
SEÑOR DON PEDRO HENRIQUEZ UREÑA.—UNIVERSITY
OF MINNESOTA. MINNEAPOLIS

Mi estimado amigo, siempre admiré su juventud, porque en ella ha presidido una socrática austeridad: siempre admiré su inteligencia, porque supo armonizar en sus dones el ímpetu dionisiaco con la gracia apolínea; siempre admiré su sabiduría, porque era una suma de ecléctica comprensión, de inquieta curiosidad, de espíritu crítico vibrante y moceril. Me placía saber que su amor por los libros no le restaba bríos a su primavera y que, tras la noche consumida en la atenta lectura del rancio volúmen, la alondra llegaba a anunciarle el florecer de cada mañana. Placíame también el noble carácter de su erudición, que ha sabido devolver el oro de doctas lecciones oculto entre pétalos de rosas frescas. Muchas veces llegué a pensar que, entre sus raros maestros, contaban Walter Pater, Federico Nietzsche y Ernesto Renán, porque solo quien disfrutó del trato frecuente con tales mentores pudo estar siempre cerca de Grecia y de Italia, del Partenon y del Renacimiento.

Talvez en días entrados de estos sus años recientes, otras direcciones lograrán preocupar su interés, desviándolo hacia campos más áridos, donde las pacientes búsquedas le obliguen a la constante relectura de sus clásicos bienamados. Pero usted que, con Renán, llegó a orar ante la Acrópolis y, en la hora de su regreso, se embelesó escuchando las cigarras de Italia y fué a buscar luego a Fra Angelico y a Leonardo, antes de enderezar su planta a Lutecia, donde le aguardaban las pastoras de Boucher y el indispensable viaje a Citeres, no pudo olvidar el fin de toda peregrinación: traspasó la línea de Roncesvalles, que vió a Esplandian cerca de Rolando,, en busca de las Españas, para ir a

entablar un provechoso coloquio con sus hijos más preclaros en las cosas del buen saber y del claro decir.

Los que ignorábamos que usted había frecuentado a Arnaldo de Vilanova y a Menendez y Pelayo, sobradas razones teníamos para temer por la visita del nieto novomundano al solar de la abuela. ¡Las madres de nuestras madres pudieron siempre tanto sobre nuestros sentimientos y hasta sobre nuestros gustos! Las sollicitaciones del porvenir y del incierto futuro, tentaron con menos frecuencia nuestra curiosidad, cuando reposábamos en medio de la sala familiar, bajo los graves retratos, de entre cuyas golillas emergían los rostros austeros, consumidos por quien sabe qué constantes preocupaciones.

Esto pensaba al doblar la última página del sabio volúmen que usted ha tenido la bondad de enviarme, y cuyo sólo título vale por una larga cátedra universitaria. Pongo mi mano sobre el pecho y le digo que, hoja a hoja, el lápiz atento, lo he leído, sin perdonar la menuda, la prolija y sustanciosa nota de cada página. ¿Cree usted que todos los que como yo bien le admiran y más le quieren habrán seguido, hasta la última, las trescientas diecisiete grandes planas de “La versificación irregular en la poesía castellana? Tal vez los especialistas objetarán mi ignorancia porque ellos, en achaque de erudición, todo lo resisten; pero, no olvide que usted no es, porque está por sobre todo ese vano alarde de ciencia infusa, un escritor de especialidades, un erudito *ad litteram*.

Tienen sus obras el don de la gracia y de la sensibilidad, y esa elegancia sobria que le ha dado el trato frecuente con los maestros de allende y aquende la Mancha, y que le han elevado a usted, en nuestra América, al digno apostolado de un joven maestro. Sin embargo, a pesar de que todos confiamos y esperamos en su recogido silencio que deja trascender un rumor propicio de colmena, usted se nos escapa de la generosa tierra de Nervo, y huye a un pobre rincón universitario de Yankilandia, donde ni el ambiente ni los discípulos renovarán las gratas ilusiones del banquete platoniano. El ejercicio de aquella cátedra, árida y cotidiana, no podrá ser un remedo, acaso, del elegante cenáculo de Méjico, en cuyo seno la sabiduría y la buena gracia podían hacer pensar en las virtudes socráticas y en la bendición de sus discípulos. Los nombres de Vasconcelos, Toussaint, Reyes, Castro Leal nos mueven a añorar esos días y a plañir su viaje; su viaje, obs-

tinado e implacable, que nos le ha robado de América junto con robárnosle de Méjico.

Su libro sobre la versificación irregular nos obliga a lamentar su olvido de las cosas de la tierra, de esta América vírgen en su pasado y en su presente, tan rica de porvenir, que reclama, que exige, claros talentos como el suyo. Muchos son los picapedreros que han ido agrandando las canteras de las viejas montañas tradicionales en la Península; déjelos usted, adheridos cual mosquitos a los rancios muros o sobre los apestantes infolios, mientras observa en torno suyo, siente el fecundo calor del presente, participa con los que están viviendo la historia de mañana, y alcanza a gustar de esta inmensa y auroral anticipación del porvenir. ¿Podrá un hombre de las Américas ignorar o desentenderse de esta hora que está viviendo la humanidad? No olvide que Costa, ese inmenso español, maduro de porvenir, quiso cerrar con doble vuelta de llave el sepulcro del Cid.

Por lo demás, usted que es un artista, conoce demasiado la triste insuficiencia de la filología. Un filólogo fué siempre para la juventud lo que uno de esos sacerdotes presbiterianos, enfundados en su negra levita y escondidos tras la gravedad de un rostro fúnebre y trágico. Bien sabe usted como esta tierra de Chile ha sido pródiga en tales dones del humano entendimiento. ¡Muy pocos años después de nuestra Constitución teníamos ya nuestra Gramática! Ayer, no más, en medio de su biblioteca, encontrábamos, inanimado, al último de nuestros filólogos. ¡Si usted le hubiera conocido o le hubiera visto! Iba por las calles como sobre las aguas: la cabeza baja, la vista clavada en el suelo, el rostro enjuto y amarillo, las manos sarmentosas, la sotana descolorida, el paso incierto. Se diría que le molestaba la luz y que escapaba de un cuarto obscuro. Siempre solo y siempre mudo, vivía en la exclusiva, triste preocupación de sus libros, redactando un inverosímil Diccionario de raíces sánscritas, griegas y latinas que, posiblemente, no hubieran terminado en seis vidas. Menendez y Pelayo y el docto Unamuno elogiaron su admirable traducción de Esquilo; había sido un excelente traductor de Virgilio y Horacio y, en estos sus últimos años, solía compartir sus horas de ocio vertiendo al castellano El Infierno del Dante o releyendo a los poetas alemanes, que conocía como ninguno.

Sin embargo, estas son cosas que sabemos pocos, los menos, porque para todos fué la vida de don Juan Salas Errázuriz una existencia triste, sin expansiones; una anónima y árida vida de

filólogo, sin juventud, sin amores, sin afectos. ¿Y es justo que convirtamos la vida en semejante triste renunciación?

Presiento que usted ha de clamar por los fueros de la filología en la cual, debo decirle *sotto voce* y con un poco de irreverencia, creo menos que el comun de los mortales. Los chilenos fuimos de los primeros, acaso, en conocer, en América, el ejercicio de sus disciplinas; cuando el severo don Andrés Bello arribó a este Santiago del Nuevo Extremo, andábamos aun enredados en asonadas y cuartelazos. Nuestra cultura era incipiente, pero no carecíamos de inquietudes y de fé. El sabio maestro nos enseñó su derecho y su latín y, si bien es cierto que no toda la juventud le siguió de muy buen agrado, el hecho es que sus lecciones la hicieron más grave y circospecta; hasta que, junto con una derrota trasandina, el azar de las correrías trajo a Sarmiento a Santiago, y con él vino una renovación feliz, una bocanada de primavera. Se abrió una ventana hacia Europa y nuevos vientos barrieron y airearon la vetusta casa colonial. Cuando todos solo pensaban en el pasado, el argentino ya hablaba del porvenir. Para nuestra literatura este cambio importó una salvación: la helada y severa disciplina del maestro caraqueño no había podido beneficiar a nuestra juventud, sometiéndola al cartabon inflexible de su Hermosilla y de su latín.

Pero, deseo insistir en su dilección por la filología, esta ciencia árida, que debe sus mayores reconocimientos a tantos espíritus mediocres. ¡Los libros que sobre ella se han amontonado inútilmente desde los tiempos en que Wilson compuso su Diccionario para estudios sánscritos o Niebuhr publicó sus obras! Ahí están, alineados en los anaqueles de las bibliotecas, cubiertos de polvo y telarañas, mientras afuera la vida canta y pasa como una mañana tan corta, invitándonos a admirar, a amar, a sentir. Kempis, que siempre tuvo razón lo ha dicho: "Vale más el humilde labriego que adora a Dios, que el solemne filósofo que observa el movimiento de los astros y se olvida de sí mismo."

Erudición, crítica, gramática, lexicografía, lingüística, exégesis, poligrafía, me dirá; usted que concurren en sus disciplinas, y que un buen filólogo hasta suele ser un buen historiador y hasta un buen filósofo; más, si todo puede proyectarse en lo ideal, la práctica se encarga de arrebatarnos muchas ilusiones: un buen filólogo es para todos el sabio Otfried Müller; en cambio, ¿cuándo se dió escritor más mediocre e insignificante?; pensemos, por la inversa, cuán menguado filólogo y cuán grande escritor nos resul-

ta Renan. Y usted sabe mejor que yo que el autor de los *Souvenirs* tenía su pasión puesta en sus estudios filológicos. ¿No recuerda aquellos tiempos, que el mismo se ha encargado de no olvidar, cuando, perdido en el *sancta sanctorum* de su librería, solía enfermar estudiando tanto las lenguas orientales, hasta que algún amigo compasivo llegaba a distraerle, llevándole a un cancionetista de Montmartre, que le obligaba a sonreír y a olvidar un momento los asfixiantes viejos volúmenes,

¡Eran los tiempos en que Renan creía en la Filología! Eran los años en que Taien estudiaba a Herbart y santificaba en el altar de Hegel; mientras el autor de "Caliban" iba de la izquierda hegeliana a la escuela de Marburgo y encontraba el más noble esparcimiento estudiando a Guillermo de Humboldt en su "Über die Kawi-Sprache", esa obra que contiene páginas admirables sobre la filosofía del lenguaje; releía "El espíritu de la poesía hebrea" de Herder y conocía los trabajos de Otfried Müller y de Wolf. Las ciencias de ultra Rhin absorbían sus preocupaciones, y Shelling y Feuerbach y Strauss le hacían hasta olvidar la gracia de Galia y el espíritu de Lutecia. Pero, el arrepentimiento nunca llega tarde, y son pocos los lectores del autor de los "Diálogos filosóficos" que busquen, hogaño entre sus libros, la "Historia de las lenguas semíticas" o "De los orígenes del lenguaje", en cuyas páginas apunta, ocasionalmente, el autor de "San Pablo", el Renan que siempre llevamos sobre el corazón.

Cuando Montesquieu se documentaba, estudiando en los archivos las leyes de algunos pueblos medioevales, para escribir uno de sus libros, llegó a compararse con un Saturno devorando piedras, de tal manera aquel trabajo de mañosa y prolija erudición le exigía un árido esfuerzo, en el cual la inteligencia casi no tenía intervención. Algo por el estilo debe sucederle a usted con la filología: repaso las notas prolijas de su libro, erizada de nombres y títulos en todos los idiomas y de todas las épocas, y bendigo su voracidad saturniana; me explico su avidez de saber, su *libido sciendi*; me espanto ante su curiosidad benedictina, pero me entristesco porque no olvido las bellas páginas de sus "Horas de estudio", y aquellas encendidas y frescas palabras de su alocución al noble Barreda. ¡Usted me entiende!

Concibo que apasione a un helado erudito el estudio de la importancia que tiene el acento latino en la lengua francesa; que se realicen búsquedas improbables para escribir tratados indigestos sobre el pentámetro yámbico alemán o sobre el endecasílabo dactí-

lico; que se malogre una clara inteligencia, perdida en prolijas investigaciones, tratando de probar la importancia del pronombre neutro de la tercera persona en francés o las variaciones del ritmo trocaico en la poesía latina; todo eso lo acepto y hasta lo justifico, pero, en ningún caso lo deseo para usted, a quien no le hace falta el apodo de sabio en tan inútiles investigaciones, reservadas para pupilas miopes y para lustrosas calvicies.

Renán, a quien deberé citar una vez más, pudo hasta creer en un momento de su vida que la filología era suficiente para explorar todos los rincones del espíritu humano. ¿No llegó a argüir que el racionalismo, la crítica y el liberalismo habían nacido el mismo día que la filología? “Los fundadores del espíritu moderno son filólogos”. ¡También se da la pasión en la ciencia y la ofuscación en los más claros espíritus! ¿Concibe usted una historia de las instituciones liberales vinculada a los trabajos de Hervas y Panduro, Wolf, Diez o Littré? Ya se que usted sonreirá socráticamente para decirme, acaso, que la filología como la historia guarda las puertas de la antigüedad y es el más celoso conocedor del pasado. Sin embargo, me permito confiar más en nuestras esperanzas de porvenir que en las prolijas revisiones del pasado. No deseo para usted la gloria impasible de nuestro Bello y de nuestro Cuervo, sino que la aureola de gratitud unánime de un pueblo joven, que desea vivir y llegar a ser.

Deje usted a pacienzudos y prolijos espíritus ratoniles las búsquedas comparativas en los antiguos textos, las excepciones gramaticales, las dilucidaciones sobre este o aquel verso perdido de tal o cual malísimo poema, y vea, en torno suyo, la vida que pasa y las obras que quedan.

No niego yo, y ello implicaría la afirmación de una desusada petulancia, el valor y el interés altísimo que tiene para el conocimiento de los pueblos antiguos la historia de sus lenguas, que dejen perdurar hasta más acá de los siglos la expresión de sus grandes progresos espirituales. Ellas conservan y eternizan el alma de los pueblos y prolongan sus influencias en una renovada acción cultural. Sin embargo, cuando el filólogo olvida el espíritu crítico y sólo pasa a ser una especie de botanista, movido por obstinada manía clasificadora, entonces cae en la minucia lexicográfica, en el prurito puntillista, en la caza del ápice y de la excepción, en la tiranía de la papeleta y del escolio. Que Max Müller evoque las grandes epopeyas de la sabiduría védica; que Diez escriba obras inmortales sobre los trovadores; que Menéndez y Pe-

layo escudriñe los orígenes de los más vetustos romances; que Bello traduzca el poema de Ariosto; que Menéndez Pidal estudie el vocabulario y la gramática del poema del Cid, seguramente importará siempre un digno esfuerzo para la cultura; pero tales esfuerzos y de tales filólogos no explican ni justifican la menuda y estéril labor del profesional ratonil de la minucia y de la apostilla.

¿Envidia usted, acaso, al sombrío Littré con su Diccionario monumental? ¿Cuántos leerán entre nosotros sus Tratados si usted pasa a ser mañana nuestro Meyer Lübke? Hace poco ha muerto entre nosotros el venerable Hanssen, filólogo máximo entre los mejores y, sin embargo, ¿quién recuerda su obra, desparramada en periódicos y folletos, como no sea Américo Castro o algún raro universitario tudesco?

¿Cuántos serán los lectores futuros de esas doctas monografías sobre la formación del imperfecto de la segunda y tercera conjugación castellana en las poesías de Gonzalo de Berceo; de la colocación del verbo auxiliar en el antiguo castellano; de la pronunciación del diptongo *ie* de la época de Gonzalo de Berceo; de la sílaba perdida en los versos de arte mayor; sobre las conjugaciones aragonesas y leonesas?

No olvide usted que Nietzsche fué filólogo y huyó a tiempo, a pesar de que había llegado hasta ella vestido de Apolo, y que las obras de Gaston París, Wolf, Farinelli, Brunot, Menéndez Pidal sólo son pasto de obligadas lecturas universitarias. Y los libros deben tener un poco el don de la vida, ¡qué vuelen, que vibren, que siembren, que entusiasmen! Bien sabe usted el destino que les aguarda a esos prolijos libros inútiles: ruedan sobre los bancos y las mesas; pierden sus colores sobre los anaqueles de los libreros; reciben las profanaciones de todo los aburrimientos y, al fin, se mueren en un rincón, entre un diccionario y una biblia, polvorientos, manchados por la humedad y mordidos por la polilla.

Con los libros y con la ciencia toca ser un poco irreverente y un poco desconfiado. Usted que ha frecuentado a Nietzsche, ha podido gustar las justas ejecuciones de ese crítico de ojo tan certero. ¿Quién, antes que él, se atrevió así contra Platón? ¿Quién, de la tierra de Burekhardt y de Winkelmann, osó otrora contra las virtudes socráticas? Usted lo ha leído y usted lo sabe.

Meses, años, ha consumido usted en pacientes búsquedas a

fin de estudiar y clasificar las manifestaciones de la versificación irregular en la poesía castellana.

Y, claro está, como suya, la obra ha resultado completa y casi monumental. ¡Cuánto ha logrado llegar a leer usted! Le son familiares los libros más áridos y las formas más remotas de la versificación castellana. Ha escrito un libro sabio, profundo, acaso definitivo. Por él le honrarán todas las academias y todas las inútiles doctas corporaciones. Las calvicies venerables se inclinarán ante usted; los diccionarios le franquearán su entrada a la inmortalidad; los lexicógrafos le llamarán joven maestro; ceñirán su pecho con altas, raras insignias, ... mientras nosotros, sus amigos y sus admiradores primeros, con cierta intuitiva melancolía, no desesperaremos, aguardando el día en que usted regrese al género solar mejicano, a enhebrar el interrumpido coloquio, junto a sus amigos de antaño, que encarnan la juventud de siempre, esa juventud que usted exaltaba en el recuerdo de sus días alciónicos.

ARMANDO DONOSO

EDWARD JENNER

1749-1823

Si alguien merece ser recordado, en la historia de los pueblos es aquel que ha hecho algo por librar de males y de penas nuestras vidas.

Pero desgraciadamente el calendario y el ambiente están llenos de héroes nacionales y universales que no han habido otro mérito que el de matar semejantes y convulsionar pueblos.

Por eso recordamos con profunda veneración que hace cien años murió Edward Jenner descubridor y propagador infatigable de la vacuna.

Que hace ya mas de cien años que tuvo lugar "uno de los mas grandes triunfos que registra la Historia de la Medicina", una victoria completa sobre uno de los flagelos mas terribles de la humanidad: La viruela.

Desde 1746 en que Jenner comenzara sus trabajos sobre la *vacunación antivariólica* inspirado, como buen poeta que era, en una versión popular y alentado por su maestro John Hunter, que a las sospechas de su discípulo dijera "no lo pienses mas; ensaya,

— 213 —

ten paciencia y ten exactitud” hasta nuestros días, los beneficios reportados a la humanidad por aquel descubrimiento al que Jenner dedicara toda su vida, son incalculables.

Millares de vidas y el impulso que ellas representan en el progreso han sido posible gracias a Jenner; tengamos en él entonces a un verdadero héroe, a un verdadero benefactor de la humanidad y recordémosle para enseñanza y ejemplo de nuestras generaciones.

A. NAVARRO

PROGRAMA DE EDUCACION SEXUAL

A pedido de un Rector de un Colegio Nacional de la C. Federal, redacté el siguiente programa de educación sexual integral, cuyos fundamentos dí en otra ocasión.

GREGORIO BERMANN

Generalidades

1) Razón de su inclusión en el programa de Higiene. — Necesidad de la misma a la luz de la moral verdadera. — Prejuicios que han retardado su inclusión en los programas de estudio. — Sin razón de los mismos frente a la necesidad de velar por la salud moral individual y social.

2) La obra realizada en el extranjero y en el país. — Votos de Congresos Médicos y de Educación, nacionales e internacionales. — Opiniones autorizadas de educadores, médicos higienistas. — Labor a realizar entre nosotros.

Higiene de las enfermedades venéreas

1) Difusión extraordinaria de las enfermedades venéreas en nuestro país. — Causas y efectos. — Importancia de este problema médico social.

2) La blenorragia. — Causas y remedios. — La sífilis. — Graves peligros que entraña para el individuo, para la colectividad y para la raza. — La herencia sifilítica. — Porcentaje de alienación por Lúes en los manicomios. — Causas de la difusión de la Lúes; ignorancia, desidia, prostitución.

3) Profilaxis individual. — Direcciones higiénicas en las relaciones sexuales. — Consejos a los jóvenes y los futuros cónyuges.

4) Profilaxis social. — Higiene de las casas de prostitución. — Dispensarios anti-venéreos. — La iniciativa del Estado en el extranjero. — La iniciativa particular: Fournier, Coni. — Liga de profilaxis sanitaria y moral.

El que trasmite una enfermedad venérea a sabiendás es un delincuente.

Educación sexual

1) La reproducción de los reinos vegetal y animal. — Nociones de embriología.

2) Evolución de la función reproductora. Leyes que la rigen. — La reproducción como aspecto del proceso de conservación. — Fenómeno natural que es necesario estudiar y no ocultar.

3) Instinto sexual. Su irradiación en la mentalidad y los sentimientos en las diferentes edades. Hipocresía sexual y pornografía.

4) Onanismo y otras perversiones sexuales. — Síntomas y daños. — Consejos médicos. Influencia perniciosa del prostíbulo y del cabaret. — Inhibición y derivación de los deseos genésicos.

5) El respeto a las mujeres. Las funciones distintas pero no inferiores. No es un instrumento de placer sino la esposa y madre. El egoísmo sexual y el derecho sexual. — Nobleza de la unión sexual basada en un cariño integral. — El sensualismo puro y sus daños.

6) El matrimonio. — Su finalidad social y biológica; los hijos. — La vida compartida. — Inmoralidad de los casamientos por interés. La selección humana y el progreso.

Eugenia

1) Causas que influyen favorable o desfavorablemente en la salud física y moral de los pueblos.

2) Degeneración. — Causas individuales y de orden médico-social: guerra, alcoholismo, sífilis, pestes, miseria económica, falsa educación.

Manifestaciones de la degeneración: Alienación, retardo mental, delincuencia, locura moral, estigmas físicos. — Tipos a eliminar.

3) Selección racional. — Eugenia o puericultura antes de la procreación. Ideal de la Eugenia: para el mejor hombre la mujer mejor y para sus hijos el mundo. — Tipos a multiplicar.

4) Grabe responsabilidad moral de los genitores para con sus hijos. — Necesidad de una procreación consciente.

El máximo principio de la medicina: prevenir en vez de curar. — La Eugenia de laboratorio y la verdadera salud de la raza.
